

cho las diversas circunstancias del nacimiento de Jesucristo, de su vida y de su muerte, y la grande revolucion que debia causar en el mundo? ¿Qué apariencia hay tampoco de que las profecías hayan podido ser inventadas ó alteradas, ya sea en tiempo de los macabeos, ó ya en otra época posterior á la cautividad de Babilonia? Advertid en efecto que desde esta época no estuvieron ya los judíos concentrados como ántes en la Palestina, sino que se esparcieron por todos los reinos del oriente en Babilonia, en Alejandría y en todas las provincias confinantes. Notad tambien que los libros sagrados fueron traducidos al griego cerca de dos siglos ántes de Jesucristo (1), y que desde este tiempo se extendieron no solo entre los judíos, sino tambien entre las naciones paganas, y esto en la lengua mas conocida, mas general y mas cultivada por los hombres instruidos de todas las naciones; por consiguiente para suplan- tar estos libros, ó para ingerir en ellos despues del suceso las profecías que alegamos, hubiera sido preciso alterar á un mismo tiempo el tex-

(1) Aunque los sabios no estan acordes sobre la época fija en que se tradujeron los libros posteriores al Pentateuco, convienen en general en que su version completa existia cerca de doscientos años ántes de Jesucristo.

to hebreo, y la *Version de los setenta*; hubiera sido preciso que hubiesen sido cómplices en esto, tanto los judíos dispersos, como lo gentiles que poseian algunos ejemplares del texto ó de la version, y lo hubiera sido por último que una multitud de hombres distantes unos de otros y manifestamente incapaces de concertarse, hubiesen tomado parte en esta trama, y guardado tan fielmente el secreto, que nadie pudiese concebir la menor sospecha. ¡Y es posible, señores, que ningun hombre racional admita una serie de suposiciones tan extraordinarias, y que ademas es imposible adoptar sin destruir enteramente la certidumbre histórica? He aquí, señores, mas de lo que se necesita para poner á cubierto de toda duda la autenticidad de nuestras profecías. En cuanto á la asercion de Voltaire de que los judíos no aprendieron á escribir sino en Babilonia, ó aun en Alejandría, es demasiado arbitraria, y está demasadamente desmentida por la historia y por la recta razon para que nos tomemos el trabajo de refutarla.

Pero los judíos y los cristianos, se dice ademas, no son los únicos que se vanaglorian de haber tenido profecías: los griegos, los egipcios, y la mayor parte de los demas pueblos, han tenido tambien *sus oráculos y sus adivinos*; y

siendo esta prueba comun á todas las religiones, ¿qué puede inferirse á favor de una que no se infiera tambien á favor de las demas (1)?

¿Se nos propondrá, señores, seriamente esta dificultad? ¿Quién ha oido jamas hablar de una religion apoyada en un conjunto y encadenamiento de profecías comparables á las nuestras? La historia y las vicisitudes del pueblo judío, la sucesion de los imperios que debian preceder al del Mesías, la historia del Mesías mismo con el pormenor extraordinario de circunstancias que habian de preceder, acompañar y seguirse á su venida; tal es, señores el objeto importante de las profecías, cuyo cuadro acabamos de presentaros: ¿y podrán, hablando de buena fe, uno ó dos oráculos aislados dados en favor de un culto absurdo y ridiculo, entrar en paralelo con la serie magestuosa de nuestras profecías? No: jamas se ha llevado la impostura al extremo de pretender citar en apoyo de las demas religiones una serie semejante de oráculos, y siempre ha sido constante que la religion cristiana es la única que tiene á su favor este argumento tan decisivo.

[1] Voltaire, *Dictionn. philos. Tolérance: Pphilosophie de l'Histoire.*

Pero profundicemos esta dificultad, y comparemos por un momento los oráculos divinos, con los que se intenta alegar en favor de otras religiones.

La mayor parte de las religiones, dicen, se precia de tener profecías. Sí señores, se ven en el mundo falsas profecías, como se ven historias falsas; porque la índole de la mentira es falsificar la verdad. ¿Pero será preciso negar ó suponer dudosas todas la verdades históricas porque se hayan publicado historias falsas? ¿Y deberemos dudar de todo porque algunas veces se divulgen sofismas en el mundo? Solamente la ignorancia ó la locura podrian admitir esta consecuencia. Un entendimiento sano comprende fácilmente que si es una locura admitirlo todo indistintamente en materia de profecías, lo mismo que en materia de historias, no lo es ménos desecharlo todo sin examen. No tratamos ahora de saber si todas las religiones han tenido sus profecías, sino únicamente si las profecías que alegamos tienen señales ciertas de divinidad. ¿Y cómo será posible resistir la impresion de los caracteres divinos que distinguen nuestras profecías, y por poco que se consideren su objeto y sus circunstancias no reconocer en ellas el lenguaje y la accion del mismo Dios?

Las predicciones y conjeturas de una inteligencia criada, por perfecta que se la suponga, no pueden extenderse mas que á sucesos que tengan causas naturales y necesarias. Así es que un hábil físico predice ciertos fenómenos puramente naturales, un astrónomo las revoluciones de los astros, y un médico las crisis de una enfermedad. Pero cuando se trata de sucesos que dependen únicamente de la libre determinacion de una multitud de hombres que aun no existen, toda la ciencia de las criaturas es falible, y todas sus predicciones son necesariamente vagas y generales. Por esto era un ardid comun de los profetas del paganismo, como nos lo dice Ciceron (1), dar sus oráculos en términos tan generales y ambiguos, que pudiesen aplicarse á cualquier suceso.

¡Qué diferencia entre aquellos supuestos oráculos y los de nuestros libros santos! Estos anuncian muchos siglos ántes sucesos futuros de que no existe causa alguna natural, y que dependen absolutamente de la libre determinacion de Dios ó de las criaturas inteligentes, y los anuncian no solo sin equívoco y sin ambigüedad, sino con tal pormenor de circunstancias:

(1) *De Divin.* lib. II, n. 56.

que es imposible no reconocer la obra de aquel para quien nada hay oculto. Limitándonos ahora á las profecías, que son la materia de este discurso, á las que tienen por objeto al Mesías, ¿quién sino Dios ha podido ver tantos siglos ántes de Jesucristo que la tribu de Judá conservaria la autoridad soberana hasta la venida de un personaje extraordinario, que seria la *expectacion y el deseado de las naciones*? ¿Quién sino Dios ha podido revelar á Daniel la sucesion de las cuatro grandes monarquías, con tal claridad que el filósofo Porfirio no ha podido eludir la fuerza de estas profecías sino suponiéndolas hechas despues de los sucesos? ¿Quién sino Dios ha podido determinar con tantos siglos de anticipacion y con todos sus pormenores las diferentes circunstancias del nacimiento de Jesucristo, de su vida, de su muerte, de su predicacion, y de la gran revolucion que deberia obrar en el mundo? ¿Se dirá que todas estas predicciones son resultado de una perspicacia puramente natural? Pero ¿en qué causa natural pueden conocerse muchos siglos ántes sucesos que dependen de la combinacion de una multitud de acciones libres y arbitrarias? Así como la experiencia nos enseña que en el orden físico es imposible que un hombre lleve

una casa sobre sus hombros, del mismo modo la razon natural nos dicta que semejantes predicciones exceden en el órden moral la sagacidad natural de toda inteligencia creada. ¿Se dirá que la concordancia perfecta de estas predicciones con los sucesos no es mas que obra del acaso? Puede ser, vuelvo á repetir, que así se pudiese suponer, si no se tratase mas que de dos ó tres predicciones generales ó aisladas; ¿pero quién no ve lo absurdo de semejante su posicion cuando se trata de un número tan grande de predicciones hechas con muchos siglos de antelacion por diferentes profetas, y que abrazan hasta las circunstancias mas mínimas de sucesos futuros los mas libres y arbitrarios? Conceder este honor al acaso, ¿no es imitar la locura de un hombre que sostuviese que las magníficas pinturas de Rafael y de Rubens podrian no ser mas que el resultado de la mezcla de colores arrojados sobre el lienzo sin desig- nio y al acaso?

¿Pero cuánto no se aumentará nuestra admiracion si ademas del objeto de estas profecías, que considerado en sí mismo era ya tan manifiestamente superior á toda inteligencia criada, examinamos tambien las circunstancias que las realzan á nuestros ojos; quiero decir, su enca-

denamiento, su larga serie, el objeto y fin que en ellas se proponian los profetas? ¡Qué cosa mas admirable que esta cadena de oráculos antiguos, cuyo primer eslabon está unido al origen del mundo, y que prolongándose desde allí por toda la extension de los siglos, traba y une entre sí todos los oráculos, antiguos y modernos! „Considerad, dice Pascal (1), que la espectacion „ó la adoracion del Mesías subsiste desde el „principio del mundo sin interrupcion alguna; „que fué prometido al primer hombre tan lue- „go como prevaricó; que ha habido despues „hombres que han dicho que Dios les habia re- „velado deber nacer un Redentor que salva- „ria á su pueblo; que posteriormente nos dice „Abrahan que le habia sido revelado que de un „hijo suyo naceria este mismo Redentor; que „Jacob declaró que naceria de uno de sus do- „ce hijos, de Judá; que Moises y los profetas „declararon despues el tiempo y el modo de su „venida; que dijeron que la ley que tenian lo „seria solamente hasta que llegase la del Me- „sías; que subsistiria hasta este tiempo, pero „que la otra duraria eternamente, y que de „este modo su ley, ó la del Mesías, de la cual

1 *Pensées, cap. XV, n. 12.*

„quella era promesa, permanecería siempre sobre la tierra; que efectivamente ha durado siempre; y que, por último, Jesucristo ha venido con todas las circunstancias predichas: todo esto es admirable.” „El que aquí no descubre, añade Bossuet, (1) un designio constante y siempre seguido, el que no ve en esto el orden de los consejos de Dios, que prepara desde el principio del mundo lo que concluye en la plenitud de los tiempos; y que en diversos estados, pero con una sucesion siempre constante, perpetúa á la vista de todo el universo la santa sociedad en que quiere ser servido, no merece ver nada, y sí ser entregado á su propio endurecimiento, como el mas justo y riguroso de todos los suplicios.”

¿Y qué diré del objeto y fin de estas profecías? Cuando los oráculos paganos no tenían regularmente otro objeto que el de satisfacer la curiosidad ó la ambicion, y á lo mas servir á los intereses temporales de algunos individuos ó de algunas provincias, las profecías del pueblo judío se dirigian á conservar en esta nacion los dogmas de la religion primitiva, quiero decir, la creencia de la unidad de Dios, de su provi-

1 *Discours sur l'Histoire universelle*, II p. c. XXX.

dencia y de sus principales atributos. En un tiempo en que estas grandes verdades estaban tan extrañamente oscurecidas en los demas pueblos, y en que los mismos judíos tenían una inclinacion tan fuerte á la idolatría, los profetas se manifiestan constantemente como apoyos y baluartes de la sana doctrina, y sus exhortaciones, sus promesas y amenazas, todo en fin en sus escritos se dirige á mantener estas verdades fundamentales, á autorizar y confirmar su creencia. ¡Qué fin mas excelente y mas digno de Dios! Así es que á pesar de la propension violenta de los judíos á la idolatría, y del contagioso ejemplo de las naciones extranjeras, se conservó siempre entre ellos el conocimiento del verdadero Dios, y por último se ha esparcido por medio de ellos en todo el universo. Sí, á esos libros sagrados es á quienes las naciones han debido la luz que les ha hecho conocer sus extravíos, y renunciar á las absurdas supersticiones del paganismo, siendo efectivamente muy digno de notarse que no se pueda citar pueblo alguno que haya llegado al conocimiento del verdadero Dios sin que ántes le haya tenido de las profecías del pueblo judío.

Confesemos pues, señores, que por cualquier lado que se consideren las profecías se descu-

bre en ellas el sello de Dios y las señales de inspiracion divina, y que entre ellas y los oráculos paganos con que se las quiere comparar, hay tanta diferencia como entre la verdad y el error.

¿Pero no será preciso confesar á lo ménos, añaden nuestros enemigos, que las profecías del Antiguo Testamento son en general muy oscuras, y que los mas sabios intérpretes estan divididos sobre el sentido de la mayor parte de ellas? ¿Qué ventaja puede sacar la religion de una prueba sujeta á tantas disputas?

Estoy, señores, muy distante de pretender que todas las profecías contenidas en los libros del Antiguo Testamento sean claras y fáciles de entender, pero las profecías no son historias escritas con el órden y la precision cronológica, sino unos cuadros atrevidos, que representan en un mismo campo objetos próximos y objetos distantes, y cuya interpretacion y plena inteligencia depende algunas veces de su comparacion exacta con los sucesos; comparacion que frecuentemente exige un estudio seguido y un gran conocimiento de la historia y de los usos de la antigüedad. Yo confesaré, pues, que la antigüedad de nuestros libros santos, el estilo poético y figurado de las profecías

y nuestra ignorancia en varios puntos de la historia y geografia antiguas, han debido aumentar con el tiempo la oscuridad natural hasta cierto punto á la profecía, lo que ha dado motivo á los mismo escritores sagrados á comparar los discursos proféticos á una antorcha que nos sirve de guia en un sitio oscuro hasta que llega el dia, y disipa enteramente las tinieblas (1).

Pero si es necesario reconocer que hay bastante oscuridad en nuestros libros proféticos, tambien es indudable que esta en nada debilita las pruebas que ellos nos suministran. En efecto, señores, si en ellos hay profecías oscuras y sujetas á disputas, tambien las hay cuyo sentido es incontestable, y no puede ser oscurecido sino por las cavilaciones de la ignorancia ó de la mala fe. Tales son seguramente las profecías de Daniel, cuya concordancia con los sucesos es tan clara y asombrosa que, como ya lo hemos notado, no han podido desconocerla los mayores enemigos de la religion. De este número son igualmente casi todas las que hemos reunido en la primera y en la segunda parte de este discurso, cuyo sentido está determi-

II. Petr. I, 19:

nado claramente no solo por las reglas de la crítica, sino tambien por las mas antiguas tradiciones del pueblo judío. Cuando tenemos á nuestro favor seguridades que los mismos judíos modernos no pueden recusar; es decir, todas las antiguas versiones de la Escritura, las paráfrasis, y los comentarios compuestos por autores judíos en un tiempo en que aun tenían un perfecto conocimiento de sus tradiciones nacionales, y en que estaban libres de preocupaciones sobre la cuestion en que hoy estamos divididos, tenemos indudablemente derecho para no hacer caso de las objeciones de aquellos.

Pero ved aquí una dificultad algo mas seria. Es cierto, dicen nuestros adversarios, que reunidas en un mismo cuadro y combinadas con arte las palabras de los profetas que habeis citado, forman un retrato bastante parecido á Jesucristo; y si nosotros las hallásemos en los libros de donde las habeis sacado reunidas en ese mismo orden, y con ese perfecto concierto, vuestros homenajes se confundirian al punto con los vuestros, y no titubearíamos en reconocer á Jesucristo por el enviado del cielo, y aun por el Dios que ha venido á salvar al mundo; pero no sucede así, sino que el cuadro que presentais á nuestra admiracion es obra vuestra

y no de los profetas; no lo habeis encontrado todo dispuesto de ese modo, sino que buscais aquí y allí los colores de que debe componerse; presentais las frases separadas de lo que las precede y de lo que las sigue; entresacais en un mismo oráculo el pasage que os conviene, dejais el que os perjudica, y pasais de un profeta á otro para escoger el rasgo que os es necesario; y entónces ¿dónde está esa gran maravilla? Por este estilo se puede hacer decir á los profetas todo cuanto se quiera; miéntras que colocando los pasages en su sitio, y combinándolos con lo que sirve para explicarlos, se ve que tienen un objeto distinto del que le suponeis.

La objecion es especiosa, y me parece que no se nos acusará de haberla debilitado; pero ántes de resolverla directamente, permítasenos hacer algunas observaciones importantes que empezarán ya á ilustrarla.

En primer lugar acordaos de que los profetas no son meros historiadores, sujetos siempre al orden metódico de los tiempos y de los sucesos, sino que muchas veces saltan de un objeto á otro con tal rapidez que es muy difícil seguirlos; y cuando no nos admiran estos arrojios de entusiasmo en los poetas profanos; ¿por qué los

hemos de extrañar en los profetas? ¿Por qué aquello que se admira en Píndaro, como fruto del ingenio y de la inspiración, no ha de ser en Isaías y Daniel mas que el resultado de una imaginación delirante, cuyos locos enigmas no merecen la pena de examinarse? Seamos justos, señores; y si creemos deber respetar la oscuridad que envuelve algunas veces el estilo poético, guardémonos, á lo ménos, de un injurioso y sacrilego menosprecio hácia la santa oscuridad de los oráculos en que el Señor ha querido revelarnos lo futuro.

Por otra parte, si yo debo confesar que el objeto natural y sensible de las profecías es el destino temporal del pueblo judío, es preciso que vosotros reconozcais que este único objeto no es bastante para explicar todo lo que leemos en las profecías, cuyas palabras son á veces tan sublimes, y sus pinturas tan nobles, tan grandes y magestuosas, que seria ridículo no ver en ellas mas que el anuncio de lo que debía suceder á un pueblo oscuro, despreciado universalmente de los demas, y condenado á arrastrar en medio de ellos durante una larga serie de siglos su vergonzosa existencia. Es preciso admitir necesariamente, que ademas del objeto natural y particular á un solo pueblo, tienen los

sagrados oráculos otro mas importante que el primero, si se ha de juzgar por la magnificencia con que los profetas se han complacido en describirle. ¿Y cuál puede ser este objeto? Despues de todo lo que hemos dicho en el discurso de esta conferencia, y lo que testifican unánimemente las santas Escrituras y las tradiciones mas antiguas y auténticas, nos creemos con derecho de afirmar, sin recelo de poder ser contradichos por nadie, que este objeto extraordinario é importante es la venida del Mesías prometido á los judíos, y la historia de su vida, de su muerte y del triunfo que debía conseguir sobre sus enemigos. Todo el que quiera leer los escritos de los profetas no podrá ménos de conocer que el objeto principal de su misión fué anunciar de edad en edad al libertador que debía venir. Vedlos cuando refieren los sucesos naturales que anuncian: tan pronto como se presenta alguna ligera sombra del Mesías, ó alguna imagen que les recuerde su memoria, se arrojan de repente hácia él con todo el fuego de sus piadosos deseos; él es al que ven, él á quien saludan desde léjos como al objeto de su amor y de sus mas tiernas esperanzas, y él es el que nos pintan con aquellos colores tan vivos y con mano tan atrevida, hasta que calmán-